

GUARDIA A FORMAR

Autor: Mariano Barrio Rodríguez

Este pequeño relato cuenta la historia del primer pínfano, al que con tan solo 17 años le formaron Guardia de Honor, cuando se presentó en la entrada de un cuartel.

Este pínfano se incorporó al colegio de La Inmaculada, donde durante su primer año de estancia en el mismo, estudió 4º. de aquel bachiller de entonces. El curso le fue bastante mal: el reciente fallecimiento de su padre; no se adaptó en ningún momento a su nueva vida; el frío que hacía en Madrid (él provenía de las tierras cálidas del norte de África y a veces tenía que dormir totalmente vestido, hasta que un día le pilló EL TOPO y se acabó el calorcillo).

En definitiva durante todo el curso, tan solo salió de paseo UN DÍA (el de la Inmaculada) puesto que había amnistía, el resto de festivos y domingos siempre estaba castigado, aunque creo recordar que un día consiguió estar solamente castigado por la mañana.

Como es lógico, cuando dieron las notas del curso: 4 súper suspensos, Matemáticas, Francés, Latín y Física (si no me traiciona la memoria, ¡hace tanto tiempo!).

¡Uf!, menudo disgusto en casa de mis tíos, que era donde iba a pasar el verano.

Mi tío era un hombre muy estricto, así que cuando llegamos a Cerro Muriano, tuvimos una corta y fructífera conversación; de aquel intercambio de pareceres salió la siguiente solución:

Todos los días a las 7 de la mañana, arriba. A sacar agua del pozo, junto con tus primos y los guardeses, para regar los frutales; en aquellos tiempos en Cerro Muriano, no había casi agua corriente y en días alternos se servía a través de un grifo que había en cada casa y chalet, durante la mañana, agua potable (entonces no existía el agua mineral, la que había era solo para los enfermos, quién pudiera pagársela, claro), por lo tanto diariamente había que sacar agua de un pozo que estaba a 30 metros de profundidad, con su correspondiente cuerda, cubo y polea (es decir a brazo partido).

Una vez finalizado el regado, un buen desayuno y a estudiar por de 9 a 13 y de 17 a 20. Tu primo Emilio (este estudiaba 3º de Caminos) te dará clase

de matemáticas y latín; tu primo José Manuel (este iba en 4º de Medicina) lo hará de física y francés. Bien entendido que si no te sabes la lección cuando te la tomen, según el horario que ellos decidan, si es por la mañana no te acostarás la siesta y si es al final de la tarde, no te irás a la cama hasta que te la sepas.

Menudo verano que se tiraron mis primos.

Bien, cuando volví en septiembre a La Inmaculada, la súper preparación que hice durante el verano me llevó a que durante el tiempo que duraron las clases, conseguí no efectuar los correspondientes exámenes y ante el asombro de propios y extraños, conseguí cuatro notables.

El siguiente curso aprobé todas las de cuarto a la primera, lo mismo que la Reválida.

Los dos siguientes cursos, los hice en El Bajo, donde pasé sin problemas finalizando el Bachiller Superior.

Yo quería ser médico, pero mi madre y mi tío decidieron que lo mejor era que estudiara para militar, porque así nada más acabar la carrera ya tendría un buen sueldo para cuidar de mi madre.

Estuve en el Alto hasta que nos llevaron al reconocimiento médico y entonces descubrieron que era daltónico (al paso de los años lo que se detectó es que tenía una falta supina de educación cromática) y como es lógico me dieron de baja, enviándome a Valladolid.

No hay nada importante entre este momento y el año 1961, no recuerdo las causas exactas, posiblemente porque no daba ni golpe en el colegio de Valladolid, el caso es que entre, nuevamente, mi tío mío y mi madre, decidieron que la única solución que tenía mi falta de amor al “trabajo” v.g.: el estudio, era, como se decía en aquellas tiempos: SENTAR PLAZA.

Ingresé voluntario y una vez finalizado el periodo de instrucción, pasé a mi destino final en el Ministerio del Ejército, allí muy cerquita de las oficinas del Patronato, comencé a visitarlas a menudo y no sé cómo un día surgió la conversación:

- ¿Por qué no ingresas en Zaragoza?
- Porque soy daltónico
- No te enrolles Charles Boyer

- Oye que sí, que me pasó esto... en Carabanchel
- Vamos a ver al comandante médico

Después de varias pruebas, se me dijo que lo que me pasaba es que no me sabía todos los colores.

Y de ahí mismo me enviaron a una academia preparatoria que había, creo recordar, en la calle Preciados, cerca de la Plaza de Santo Domingo, comenzando la preparación, de inmediato.

Bien, como era necesario preparar las pruebas físicas, hablé por teléfono con el capitán Villalba (hijo del general) que era el capitán de mi Compañía, aunque yo estuviera destinado en un gabinete del Ministerio y me autorizó a usar el gimnasio que tenía nuestro regimiento, en Campamento.

Un día me puse en marcha y decidí ir hacia dicho gimnasio. Para llegar al cuartel había que andar un buen trecho por una carreterilla desde la cual se divisaban las instalaciones del cuerpo de guardia, a bastante distancia; lo mismo que yo veía perfectamente desde lejos las instalaciones, desde las mismas veían todo lo que iba por la carretera.

En aquella ocasión ¡menudo rollo me monté!, me había puesto el uniforme que todavía guardaba del CHOE, y además conservaba aquella funda blanca que se ponía en la gorra del Alto; cuando llegué a la entrada me habían formado la Guardia, porque el cabo (que era más bruto que un arao) me había confundido de lejos (según manifestó posteriormente) con un alto cargo de la Armada.

Al final todo se aclaró y yo me libré de un paquete de órdago, gracias al capitán Villalba y a que ese día estaba haciendo las veces de capitán de cuartel, mi amigo el alférez Cuesta, que fue mi jefe durante el periodo de instrucción.

Así fue como un pínfano de diecisiete años fue recibido con honores.